



*La solitaria pasión
de Judith Hearne*



BRIAN MOORE

*Traducción del inglés a cargo de
Amelia Pérez de Villar*



IMPEDIMENTA



Título original: *The Lonely Passion of Judith Hearne*

Primera edición en Impedimenta: marzo de 2015

Copyright © 1955, Brian Moore

Copyright de la traducción © Amelia Pérez de Villar, 2015

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2015

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

Maquetación: Cristina Martínez

Corrección: Susana Rodríguez

ISBN: 978-84-15979-35-7

Depósito Legal: M-6689-2015

IBIC: FA

Impresión: Kadmos

Compañía, s. 37002, Salamanca

Impreso en España

Impreso en papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Jacqueline

I

Lo primero que sacó de la maleta la señorita Judith Hearne cuando llegó a su nuevo hogar fue la fotografía de su tía, con el marco de plata. Desde aquel día tan triste de su funeral la tía siempre había ocupado su lugar en la repisa de la chimenea de la habitación en la que la señorita Hearne viviera en cada momento. Y ahora, al colocarla en su sitio, los ojos del retrato se mostraban severos e inquisitivos, como si participaran de las cuitas de la propia señorita Hearne respecto al estado de los muelles del colchón, el desgaste del mobiliario y la deteriorada zona de Belfast en la que se encontraba la habitación.

Una vez hubo dispuesto la fotografía en el centro exacto de la repisa de la chimenea, de tal modo que su querida tía pudiera observarla, la señorita Hearne retiró el papel de seda blanco que cubría la oleografía en color del Sagrado Corazón. Su puesto estaba siempre sobre el cabecero de la cama: sus dedos, elevados en actitud de bendición; sus ojos bondadosos y, sin embargo, acusadores. Era una imagen ya vieja y en el halo

que rodeaba la cabeza se empezaban a apreciar algunas pequeñas grietas. Había contemplado a la señorita Hearne desde las alturas desde hacía mucho tiempo, casi la mitad de su vida.

El problema, cuando llegó el momento de colgar el Sagrado Corazón, era —según pudo comprobar la señorita Hearne— que en el lugar que le estaba destinado no había escarpia. Ella había comprado unas cuantas, pero no tenía martillo. Así que dejó el Sagrado Corazón sobre la cama y fue hacia el ventanal para ver qué aspecto tenía el cuarto visto desde allí.

La calle que veía desde su ventanal era la de un barrio universitario, un barrio que en otro tiempo se consideraba una buena zona residencial y que en la actualidad había descendido a un estatus inferior, abarrotado de casas que alquilaban habitaciones. La señorita Hearne observó las construcciones que tenía frente a ella y pensó en los tiempos de su tía, cuando en aquella calle solo vivían familias, cuando había al menos una criada en cada hogar y la comida principal era la de las nueve y no la del mediodía. Pero nada quedaba ya de aquella época: las familias habían muerto y las casas se habían dividido en pisos con dormitorios partidos en dos. Habían embuttido cocinas diminutas en los armarios de la ropa blanca, cubierto los suelos con linóleo y los miradores con tarjetones de SE ALQUILA. Como esta casa, pensó, este cuarto tan amplio, con salita y todo, que debió de ser el dormitorio del dueño de la casa, o tal vez uno de aquellos enormes salones de antaño... Pero míralo ahora... Se volvió hacia la fotografía que había colocado en la repisa de la chimenea. Todo ha cambiado, le dijo al retrato de su tía, todo ha cambiado desde entonces, y ahora soy yo la que tiene que enfrentarse a ello.

Pero luego sacudió la cabeza, como si quisiera sacudirse aquellas estúpidas telarañas de la mente. Caminó por la habitación, inspeccionando las superficies. La alfombra no estaba

mal, solo un poco desgastada en el centro: podía poner una silla allí encima. Con que desplazara la cama tan solo dos centímetros la mancha de la pared quedaría oculta. Y, encima de la cama, el Sagrado Corazón tumbado boca abajo esperaba a que se le colocara en el lugar adecuado. Pero no había nada que hacer, se dijo la señorita Hearne; no le quedaba más remedio que bajar y pedir a su nueva casera que le prestase un martillo.

Bajó los dos tramos de escaleras y llegó hasta la cocina, que la señora de Henry Rice utilizaba como salita de estar. Llamó a la puerta, que tenía los cristales tapados por una cortina. La señora de Henry Rice levantó un poco el borde para mirar a través del cristal y ver quién era antes de abrir la puerta. A la señorita Hearne aquello le pareció un poco grosero, cuando menos.

—¿Sí, señorita Hearne?

La señorita Hearne vio que en la chimenea del interior de la habitación ardía una buena lumbre. Sobre la mesa había un juego de té de porcelana.

—Quería preguntarle si tiene un martillo que me pueda prestar. Es para colgar un cuadro, como se puede imaginar. Lamento enormemente molestarla con esto.

—No me molesta en absoluto —repuso la señora de Henry Rice—. Pero tengo la cabeza como un colador: nunca me acuerdo de dónde dejo las cosas. Tengo que pensarlo. Escuche, ¿por qué no pasa y se sienta un poco? Quizá le apetezca una taza de té. Acabo de prepararlo en este momento.

Vaya, no era un mal gesto para empezar. Al contrario: era muy agradable.

—Es usted muy amable —dijo la señorita Hearne—, pero no quiero incomodarla con esto, créame, solo colgar ese cuadro y ya está.

Pero, según pronunciaba estas palabras, cruzó el umbral. Siempre era interesante ver cómo vivían otras personas y, bien lo sabe Dios, todo el mundo necesita tener a alguien con quien hablar. Naturalmente, algunas caseras se mostraban agradables porque les interesaba para sus propios fines. Como la señora Harper, cuando vivía yo en Cromwell Road, que estaba convencida de que iba a echarle una mano en aquello del estanco. Aun así, la señora de Henry Rice no parece de esa clase. Es una mujerona tan alegre... Y muy bien hablada.

La habitación no era un dechado de buen gusto, según pudo ver enseguida la señorita Hearne. Pero era acogedora. Tapetes de encaje en todas las mesas y lámparas con unas pantallas muy monas en colores pastel. Sobre la repisa de la chimenea había un enorme perro de porcelana esmaltada y, en la pared, unas banderolas cruzadas: la bandera papal, con unas letras plateadas debajo en las que se leía: CONGRESO EUCARÍSTICO – DUBLÍN. ¡Pero si aquello había sido en 1932, en Phoenix Park! Mi prima segunda cantó en el coro en la Misa Mayor, recordó la señorita Hearne. Nan D'Arcy, que Dios guarde su alma. Murió de repente de una pleuresía, pobre infeliz. John McCormack, conde papal, era el tenor. Qué voz tan conmovedora...

—Siéntese cerca del fuego. Ahí fuera hace un frío del demonio —dijo la señora de Henry Rice.

Acento de Dublín, pensó la señorita Hearne. Aunque no del todo: tenía un ligero deje del Norte. Advirtió que había dos sillones orejeros arrimados al fuego. Se dirigió a uno de ellos y vio a un hombre sentado en él.

Era un tipo con un aspecto atroz. Gordo como un cochino y con la cara del color del queso fresco. Llevaba el cuello de la camisa desabrochado y la corbata de seda llena de manchas de huevo. La barriga le sobresalía como una almohada fofa.

Colgaban de ella unas piernecillas delgadas rematadas por un par de zapatillas de felpa hechas jirones. Era todo mofletes, cubiertos por una barba rubia; las manos, pequeñas e hinchadas, y una cabellera también rubia, larga y rizada. Parecía una especie de bebé monstruoso al que hubieran inflado hasta adquirir el tamaño de un hombre.

—Este es Bernard, mi único hijo —dijo la señora de Henry Rice—. Esta es la señorita Hearne, Bernie. ¿Recuerdas que te lo conté, que venía a alojarse con nosotros?

Bernard miró a la señorita Hearne con los ojos enrojecidos y actitud de rechazo, como habían hecho antes que él todos los demás hombres. Luego sonrió, mostrando sus sucios dientes amarillos.

—Venga a sentarse junto al fuego, señorita Hearne —dijo—. Siéntese en el otro sillón, a mamá no le importa.

Algo apurada, la señorita Hearne se sentó, jugueteó con sus anillos de granates, juntó sus delgadas piernas y buscó refugio en los zapatos largos y puntiagudos que llevaba puestos, en sus botoncillos, que la miraban y le hacían guiños como si fueran ojitos amigos. Los ojillos de los zapatos, siempre alerta.

—¿Le pongo azúcar? ¿Y crema? —preguntó la señora de Henry Rice, inclinándose sobre el juego de té.

—Dos cucharadas, por favor. Pero de crema una pizca nada más —respondió la señorita Hearne sonriendo en señal de agradecimiento.

—¿Una taza de té, Bernie?

—No, gracias, mamá —respondió el hombre gordo.

Su voz era suave y aterciopelada, y a la señorita Hearne le chocaba que aquel horrible budín fuera su dueño. Le recordaba la ocasión en que vio actuar a Beniamino Gigli, el tenor italiano. Un hombre gordo y sudoroso con una cara espantosa que se limpiaba el sudor con un pañuelo blanco. Aunque,

luego, cuando abría la boca, uno lo olvidaba todo y el hombre se transformaba en un ángel maravilloso que encandilaba al teatro entero, desde las primeras filas del patio de butacas hasta los asientos del gallinero. Cuando Bernard hablaba, uno deseaba escucharle.

—¿Ni una tacita, cariño?

—No, mamá.

—Señorita Hearne... —la señora de Henry Rice le acercó una taza con una cucharilla de plata tamborileando sobre el plato. La señorita Hearne colocó la cucharilla para que no golpeará y le dio las gracias.

—¿Y dice usted que lleva mucho tiempo viviendo en Belfast? —preguntó la señora de Henry Rice mientras atizaba el fuego para avivarlo.

—Ah, pues desde que era niña, sí —respondió la señorita Hearne—. Verá usted, mi tía vivía aquí, aunque mis padres vivían en Ballymena.

—Ya veo —respondió la señora de Henry Rice, que no veía nada—. ¿Y en qué zona vivía su tía? ¿Era en esta parte de la ciudad?

—Sí, claro —dijo la señorita Hearne—. En Lisburn Road. Mis padres murieron siendo yo muy niña y mi querida tía, que en paz descansa, me trajo a Belfast a vivir con ella, ¿sabe?

—A todos nos toca alguna vez andar de un lado para otro —dijo la señora de Henry Rice—. Yo nací y me crié en Donegal, en un pueblo pequeño llamado Creeslough. Y siendo aún una niña me mandaron a Dublín, a una escuela de secretarías. Allí vivía con un tío mío. Y allí conocí a mi difunto esposo. Luego, al señor Rice, quiero decir, a mi difunto esposo, le destinaron a Belfast. Y aquí estoy. Le cuento esto para que vea que todos andamos por ahí de la ceca a la meca y que nunca sabe uno dónde va a ir a parar.

—Verdaderamente —dijo la señorita Hearne—. Pero debió de ser muy interesante para usted vivir en Dublín durante tantos años.

—Bueno, Dublín es una gran ciudad, qué duda cabe. Yo, la verdad, nunca he llegado a enamorarme de Belfast. Claro que no será lo mismo para usted, que tendrá aquí montones de amigos. ¿Hace mucho que murió su tía?

—Hace ya unos años —respondió la señorita Hearne con cautela.

—¿Y tiene parientes aquí? —preguntó la señora de Henry Rice, ofreciéndole un plato de pastas Jacob's de hojaldre con crema.

—Parientes cercanos no, ninguno —contestó la señorita Hearne, tratando de mantenerse a cubierto. Todas las caseras eran un poco entrometidas, claro, era de esperar: tenían que saber qué clase de gente metían en casa, y no había nada de malo en ello... ¡Quién podía reprochárselo! Luego añadió—: Mi tía procedía de una antigua familia de Belfast. Ahora ya están casi todos muertos, pero tienen una historia muy interesante. Por ejemplo, están todos enterrados en Nun's Bush, que es uno de los cementerios más antiguos del país. Ahora ya está lleno, ya sabe: clausurado.

—Vaya, qué interesante —comentó la señora de Henry Rice sin el más mínimo interés—. ¿Una pastita, Bernie?

—No, gracias, mamá.

El hombre bostezó y se dio unos golpecitos sobre la boca con la mano carnosa. Por encima de la boca abierta sus ojos se clavaron en la señorita Hearne, haciendo que toda la sangre caliente se le subiera a la cara.

—Creo que me voy a quitar esta chaqueta, si a ustedes no les importa.

—Yo le sujetaré la taza —se ofreció amablemente la señora de

Henry Rice—. Esta habitación se calienta demasiado cuando el fuego tira bien, pero es que a Bernie le afecta mucho el frío: le ha pasado siempre.

¡Quién se cree que es, con esos modales, observándome con ese descaro! Le voy a mirar yo igual. No, no, que me está mirando todavía. Me pone mala. ¡Pues mira para otro lado! Hacia ese libro que hay junto a él, por ejemplo, el que está colocado al revés. Sosrev. Versos. Sí, es poesía inglesa del siglo XVII. Lo está leyendo, sí. Tiene puesto un marcapáginas.

—Veo que le interesa a usted la poesía, señor Rice.

—Ah, es que Bernie es poeta. Siempre está estudiando. Va a la universidad.

—No voy a la universidad, mamá —replicó el hombre gordo—. Llevo cinco años sin aparecer por Queen's.

—Bernie está algo delicado, señorita Hearne. Tuvo que dejar sus estudios hace ya un tiempo. En fin, a mí me parece que los hacen trabajar demasiado allí, en Queen's. Yo siempre digo que es mejor que uno vaya a su ritmo. Un joven como Bernie tiene todo el tiempo del mundo, qué necesidad hay de andar a toda prisa por la vida... Si uno se toma su tiempo, vive más años.

Ese gordo debe de tener treinta años por lo menos, pensó la señorita Hearne. Hay algo en él... No, puede que un borrachuzo no sea, pero algo... ¡Qué barbaridad!, la cruz que tienen que llevar algunas madres...

Lo de la cruz le hizo volver al Sagrado Corazón, que aguardaba sobre la cama en la habitación de arriba, esperando un martillo que lo clavara. Sin embargo, se estaba bien allí, delante de un buen fuego y con una taza de té entre las manos. Además, la señora de Henry Rice y su espantoso gordinflón podían proporcionarle una buena historia para contar a los O'Neill cuando volviera a verles.

Era importante tener algo que contar, algo que interesara a los amigos: la señorita Hearne siempre conseguía encontrar algún suceso interesante donde el resto de la gente solo veía monotonía. A veces le parecía que eso era una especie de don, una de las grandes compensaciones de la vida en solitario. Y un don necesario, además. Porque cuando una mujer está sola, debe encontrar historias interesantes que contar. Otras mujeres hablan de sus hijos, de las compras, de cómo llevar una casa... Y sus maridos les cuentan historias interesantes también. Pero una mujer soltera se encuentra en una situación muy diferente: a la gente no le interesa oír cómo lleva sus cosas, no le interesa que le hablen de la habitación alquilada donde vive ni del presupuesto. Así que hay que buscar otros temas, y otros temas suponen necesariamente otras personas. La gente que conocía, la gente de la que había oído hablar, la gente que veía por la calle, la gente sobre la que leía... Todas esas personas iban a parar a algo así como un cajón de sastre del que luego podría sacar las historias más adecuadas para cada conversación. Y aquella era la razón por la que hasta un sujeto tan extraño como Bernard Rice era una bendición, a su manera. Era tan raro y tan horrible con sus «sí, mamá», «no, mamá» y su pelo largo y rubio de bebé que sería el protagonista perfecto para su historia del té del domingo, en casa de los O'Neill.

Y así la señorita Hearne decidió que el Sagrado Corazón podía esperar. Y en lugar de seguir pensando en él sonrió a Bernard y le preguntó qué había estado estudiando en la universidad.

—Humanidades —respondió él.

—Ah, ¿tiene planes de dedicarse a la enseñanza? Quiero decir, si su salud...

—No tengo ningún plan —respondió Bernard tranquilamente—. Escribo poesía y vivo con mi madre.

Mientras lo decía, sonrió a la señora de Henry Rice, y la señora de Henry Rice asintió con la cabeza, cariñosa.

—Bernard no es como otros chicos, que lo único que quieren es abandonar a sus pobres madres para enredarse con alguna mujer y casarse antes de tiempo —explicó—. No, a Bernard le gusta su hogar. ¿Verdad, Bernie?

—Nadie me conoce como tú, mamá —dijo Bernard con voz queda. Se volvió hacia la señorita Hearne—: Es un ángel, de verdad. Mamá es un ángel. Sobre todo cuando no me siento bien.

La señorita Hearne no supo qué decir. No se le ocurrió ningún comentario sobre él que fuera, a la vez, lo bastante hipócrita. Ahí sigue, pensó, mirándome con ese descaro... ¿Qué pasa? ¿Es que llevo la falda subida? No, desde luego que no. La señorita Hearne se tiró de la falda y se la ciñó a las pantorrillas. Resolutiva, hizo girar la conversación hacia algún lugar común.

—Pertenece a la parroquia de Saint Finbar, creo, la del padre Quigley, ¿me equivoco?

—Sí, es el párroco. Demasiado directo, ese hombre, ¿no le parece?

—¿De verdad? He oído decir que es un hombre maravilloso —dijo la señorita Hearne.

Bien sabe Dios que la religión es un refugio hasta para las conversaciones, pensó. Si no tuviéramos párrocos de los que hablar, ¿dónde acabaríamos la mitad de las veces?

—Lo que quiero decir es que no tiene pelos en la lengua —aclaró la señora de Henry Rice—. Le contaré una historia que oí la semana pasada. Tan cierta como el Evangelio.

La señora de Henry Rice hizo una pausa y miró hacia un lado, a Bernard.

—La semana pasada —comenzó— le ofrecieron al padre Quigley una barandilla nueva para la comunión. Fue una tal

señora Brady, que solía regentar una casa de mal vivir. ¿Y sabe qué respondió él?

—¿Una tal señora Brady, dice? —preguntó en voz baja la señorita Hearne, dudando de si había oído bien o no. ¿Había dicho «una casa de mal vivir»? Porque así había sonado. Una de esas casas que uno no suele mencionar, y mucho menos en relación con la Iglesia. Se leen cosas sobre esos sitios en los libros, claro. Casas de mala vida. Pero quién iba a imaginar que esos lugares existirían allí, en Belfast. Se inclinó hacia delante: sus ojos negros, nerviosos; la expresión de su cara, alerta y presta a escuchar.

—Bueno, ya se lo he dicho. Una mujer que llevaba una de esas casas de mala reputación para hombres, por Old Lodge Road —continuó la señora de Henry Rice—. Una de esas mujeres horribles. Empezó a sentir temor cuando supo que se acercaba su hora, y decidió pedir confesión y enmendarse. Cerró la casa el año pasado, y desde entonces es de las de comunión diaria. Y hace un par de semanas (esto se lo he oído decir a una de esas señoras que ayudan en la sacristía) fue a ver al padre Quigley y le dijo que deseaba ofrecer a Saint Finbar, como regalo, una barandilla para comulgar nueva. Hierro forjado español. Un trabajo finísimo.

La señora de Henry Rice hizo una pausa para calibrar la reacción de la señorita Hearne.

—¡Vamos, que en la vida...! —exclamó la señorita Hearne.

—¿Y qué cree usted que dijo el padre Quigley? Pues tomó aire, ese hombre tan fuerte y tan adusto, que ya sabe usted el aspecto que tiene, y le soltó: «Mire, buena mujer, permítame que le haga una pregunta directa: ¿de dónde ha sacado el dinero?...».

—¡Dios del cielo! —dijo la señorita Hearne, temblando a cada palabra—. ¿Y qué le respondió ella, la criatura?

—Bueno, seguramente eso la echó un poco para atrás, no me cabe duda. Se limitó a hacerse la preocupada y al final admitió que había hecho dinero con el negocio que tenía antes. El *negocio*, qué dice usted a eso. Así que el padre Quigley la miró con esa mirada suya tan severa y le dijo: «Mujer, ¿cree usted que puedo poner a las buenas gentes de esta parroquia de rodillas, para recibir el cuerpo y la sangre de Cristo, con los codos apoyados en el salario del pecado y la perversión?». Eso dijo.

—Pues dijo muy bien —comentó la señorita Hearne—. Eso es ponerla en su sitio. Así me lo parece a mí, al menos.

Bernard sacó el atizador de entre las brasas y con la punta, al rojo vivo, encendió un cigarrillo.

—Pobre mamá —dijo—. Siempre mezclas las historias. No fue así la cosa. No fue así en absoluto. Has olvidado contar lo que le respondió la señora Brady.

La señora de Henry Rice le lanzó una mirada de reproche.

—No te preocupes, Bernie. No lo he olvidado. Pero nunca me rebajaría a repetir las insolentes palabras de alguien como la señora Brady.

—Pero ahí está el quid de la cuestión —continuó Bernard, volviendo a colocar el atizador entre las brasas—. Espere a saber lo que respondió. —Se acercó a la señorita Hearne con su cara blanca y gruesa surcada por una mueca de malicia anticlerical y cambió la voz, imitando el tono de la inmoral señora Brady—: «Padre, ¿de dónde cree usted que sacó María Magdalena el dinero para el unguento con el que ungió los pies de Nuestro Señor? Pues no fue precisamente de vender manzanas». Esa es la verdadera historia de la señora Brady y el padre F. X. Quigley, para que usted lo sepa.

Dicho esto, Bernard se echó a reír. Las mejillas le temblaban como un budín.

—Qué falta de respeto hacia un sacerdote —dijo la señorita Hearne. ¡Que de dónde venía el dinero del unguento! Algunas veces da la impresión de que tiene una que leerse entera la Biblia de Douay y estar al tanto de todo para poder dar la réplica a algún niñato como este costal de sebo. Ella, desde luego, no conseguía recordar de dónde había sacado María Magdalena aquel dinero. Lo que importaba era que citar las Escrituras para dar la réplica al sacerdote era pecado, lo mirase uno por donde lo mirase. Dejó la taza sobre la mesa—. Hasta el diablo puede citar las Escrituras para decir lo que quiere decir —añadió.

—Desde luego —convino la señora de Henry Rice—. Pero qué se puede esperar de gente como esa señora Brady... Ninguna mujer decente se atrevería a dirigirle la palabra.

—¡Vamos! ¡Cada vez que lo pienso! Una... una cualquiera... —exclamó la señorita Hearne—. Es una absoluta blasfemia, eso es lo que es. Decir algo así cuando se está hablando de Nuestro Señor... Ay, Dios bendito, eso me recuerda algo. Mi cuadro. Es un cuadro del Sagrado Corazón, y colgarlo es lo primero que hago siempre cuando me instalo en un sitio nuevo. Además, les estoy entreteniendo. El martillo...

—¡El martillo!, lo había olvidado —dijo la señora de Henry Rice—. Déjeme pensar. Ah, ya lo sé. —Se puso en pie, abrió la puerta y gritó—: ¡Mary! ¡Maaaaaryyyyyy!

—¿Sí? —respondió una voz.

—Trae ese martillo que hay en el cajón de arriba de la cómoda de la buhardilla —berreó la señora de Henry Rice. Luego cerró la puerta y se volvió hacia la señorita Hearne—: ¿Quiere otra tacita de té, antes de marcharse?

—Ah, no, gracias, de verdad. Esta ha sido fantástica, perfecta. Se lo agradezco mucho.

—Es nueva. La chica, ya ve —le contó la señora de Henry Rice señalando la puerta con un gesto de la cabeza—. Me la

mandaron las monjas del internado. Una muchacha del campo, buena y recia. Pero necesitan mucho adiestramiento, ya sabe a qué me refiero.

Hablando de este tema la señorita Hearne no podía sentirse más cómoda. Era una conversación que había oído en todas las combinaciones posibles tanto a su tía como a todos sus amigos. Todos decían que si tienes la suerte de dar con una buena, estupendo, pero que a veces traen un montón de problemas.

—Hay que estar continuamente encima de ellas —dijo la señora de Henry Rice, instalándose en el terreno, bien conocido, de aquel tema de conversación—. ¿Sabe? No entiendo cómo las monjas no hacen algo más con ellas antes de echarlas al mundo. No están bien enseñadas. O no están enseñadas en absoluto, y no hay más que hablar.

—Y aunque les enseñen bien, no están habituadas a la ciudad —apuntó la señorita Hearne—. He visto los problemas que han tenido algunos de mis amigos con estas muchachas de los internados: se van con los soldados... De todo. La verdad es que a veces pienso que las monjas son demasiado estrictas. Estas criaturas se portan como niñas en cuanto...

No terminó la frase porque en aquel momento alguien llamó a la puerta y entró Mary. Era una muchacha alta y con aspecto sanote, el pelo negro irlandés, ojos azules y pechos firmes bajo el delantal blanco de su uniforme de doncella. La señorita Hearne la miró y pensó que daba el tipo a la perfección. Pero si uno se comporta civilizadamente con estas chicas, ellas suelen corresponder haciendo algún trabajito cuando hace falta.

Así que sonrió a Mary, y la señora de Henry Rice hizo las presentaciones. Le entregaron el martillo y ella jugueteó nerviosa con él, dio las gracias y dijo que se lo devolvería tan

pronto hubiera terminado de colgar el cuadro. La señora de Henry Rice respondió que no había ninguna prisa y que no dudara en pedirles cualquier otra cosa que pudiera necesitar. La señorita Hearne fue hacia la escalera y subió los dos tramos que la separaban de su habitación.

Buscó una escarpia y se dispuso a colgar el cuadro del Sagrado Corazón sobre el cabecero de la cama. Luego, pensando en los moradores del piso bajo, se le ocurrió que, aunque Bernard Rice era interesante —y aunque ese interés lo suscitara porque era un tipo horrible—, también era un poco sabandija, uno de esos hombres ante los que las mujeres deben estar alertas. Tenía pinta de ser un entrometido, y la señorita Hearne estaba segura de que era uno de esos tipos taimados a los que les chifla meter las narices en las vidas ajenas. E ir contando luego lo peor de cuanto hayan podido averiguar. Miró instintivamente sus baúles y vio que estaban aún con el candado puesto. Así se van a quedar, se dijo, porque no me extrañaría que entrara un día en este cuarto, cuando yo no esté. La madre, sin embargo, es muy atenta. Un poco blanda cuando se trata de su querido hijito. Y el fuego y el té han sido muy agradables: me han hecho entrar en calor.

Se retiró un poco para contemplar el Sagrado Corazón. Ya rezaría después sus oraciones. Por el momento, cerró las cortinas y encendió la estufa de gas. Bajo la luz eléctrica y con la pequeña estufa que crepitaba, dando a la osamenta blanca de su rejilla una tonalidad rosada, su nuevo cuarto presentaba un aspecto mucho más animado. La taza de té y la pasta le habían quitado el hambre, así que sacó de las maletas algunas cosas más, dejó el camisón de franela sobre la cama y retiró la colcha. Había ido todo bastante bien: el taxista pareció muy contento cuando ella le dio un chelín por subirle los baúles. Tendría que haberle dado más, pero él no había dicho nada desagradable, y

eso era lo principal. Se había cambiado de casa, había charlado con su casera y, de premio, se había hecho con un par de historias que contar. La del padre Quigley no era para una audiencia mixta, pero era interesante, de eso no cabía duda. Decidió que no utilizaría el final aportado por Bernard. No solo no era adecuado, sino que además lo estropeaba todo. Y, luego, aquellos dos: la señora de Henry Rice y el propio Bernard constituían un tema de conversación en sí mismos. Tal vez alguno de los jóvenes O'Neill conociera a Bernard, si era cierto que había ido a Queen's.

La señorita Hearne sacó de la maleta el pequeño despertador de viaje que alguien le había regalado a su querida tía como recuerdo de un viaje a París. No eran más que las siete: demasiado pronto para irse a la cama. Pero estaba cansada, y al día siguiente era viernes. Tendría todo el día para deshacer el equipaje. Además, si se dormía temprano, se ahorra el resopón.

Colocó el reloj sobre la mesilla de noche y encendió la lamparita. Se desvistió y se arrodilló para rezar sus oraciones. Después se acostó entre las sábanas de aquella cama extraña, observando las sombras de su nueva habitación. Cuando la rejilla enrojecida de la estufa se enfrió y se volvió a quedar blanca, y cuando el relente de la noche le puso la carne de gallina en las zonas que, como los antebrazos, no estaban cubiertas por la ropa de cama, miró a su querida tía y luego al Sagrado Corazón. Apagó la luz después de dar las buenas noches a ambos y, recordando que los dos vivían ya en la oscuridad, se acurrucó en la cama dejando fuera de las mantas solo la nariz y los ojos. Y eso lo cambia todo, pensó la señorita Hearne. ¡Qué importaba cómo se había portado la tía en sus últimos días!

Cuando están conmigo, velándome desde sus respectivos puestos, cualquier lugar nuevo se convierte en mi hogar.